

# Baldías

Laura Rossi

“La cotidianidad es un saco: agujereado. Y de todos modos lo cargás”.

Marina Tsvietáieva

“—Desde mi punto de vista, la vida es un banquete interminable de pérdidas, y con cada nueva pérdida, te ves obligado a reorganizar los muebles mentales y tirar las cosas que ya no te valen. Luego llega otra pérdida y vuelta a empezar.

—Me has estado leyendo el pensamiento. La vida es un pozo lleno de motosierras.”

Douglas Coupland

## Primera Parte

### 1

El Tano aparece por partes: primero, los pies enfundados en unas pantuflas que debe tener desde 1952 y que no lava desde entonces; después, el pantalón marrón, lleno de camaleónicas manchas que se han hermanado en color a fuerza de permanencia; segundos más tarde, el pullover verde que debe tener más o menos la misma edad que las pantuflas y la misma frecuencia de lavado; finalmente, las arrugas de su cara y una sonrisa completamente desubicada que le cuelga de la boca. Si alguien más lo hubiera visto, habría pensado que era él el autor de los hechos que otra vez tenían a todos los vecinos medio dormidos en la vereda. Yo sola sé que su sonrisa es una señal de otro tipo de victoria: de nuevo, logró hacerme esperar diez minutos en la puerta del negocio, entre el frío, los murmullos y, esta vez –otra vez–, la muerte.

Alrededor del Tano, los perros ladran enloquecidos. Tengo que entrar con mucho cuidado porque, si se escapan, él va a encargarse de que todos sepan que fue mi culpa aunque a nadie le importe. Por algo destrabó la puerta y se fue para el fondo en un arrastre de pantufla continuo, sin mirar siquiera unos minutos qué estaba ocurriendo enfrente. Los perros no lo siguieron porque esta mañana hay más promesas afuera que adentro. Pienso que debo irme y no volver nunca más; que es casi mi deber moral dejarlo ahí, con el negocio abierto, hasta que los perros rompan los vidrios y corran propulsados por la fuerza del hambre derecho al baldío. No creo que los peritos puedan detener el ataque de catorce perros que se arrojan sobre ellos sin más aviso que unos ladridos.

Este frío que me va a durar todo el día.

El Tano.

No conseguir otro trabajo.

La muchedumbre apiñada alrededor de ese terreno maldito que se ha convertido en una especie de tumba abierta.

Es la tercera.

Hace unos días apenas, levantaron la guardia policial de la segunda. Desde la librería, fuimos testigos de los relevos: dos oficiales panzones y con caras de aburrimiento mortal daban lugar a otros dos menos panzones, pero con iguales caras de resignación. A veces, desaparecían un rato en la ferretería y, después, volvían a sus puestos. No se trataba de un espectáculo muy pintoresco pero tampoco hay mucho para ver en esta calle, aunque sea, en teoría, una avenida.

Esta mañana, cuando me bajé del colectivo, lo había decidido: si a mi llegada el Tano no levantaba la persiana, iba a matarlo. Matarlo es el único pensamiento constante que tengo durante el recorrido que hago desde mi casa hasta el negocio. Sin importar a qué hora llegue, el Tano espera diez minutos exactos y, recién en ese momento, sube la persiana y me deja entrar. No le importa si llueve, si hace frío, si hace calor, si hay viento; si cae, de pronto, un meteorito. Es inmune a mis gritos, a cualquier tipo de amenaza, a mis patadas frenéticas contra la persiana. A veces, los chicos que dejan las cosas para último momento esperan conmigo y llegan tarde a la escuela. Ya ni me quejo. Cada vez que escucho el chirrido metálico de la persiana, me concentro y espero escuchar, del otro lado, un estallido: la cabeza del Tano explota como una sandía que cae de una ventana y todos en el barrio empezamos a ser un poco más felices.

Ya en la esquina supe que hoy no iba a ser el día. Otra vez, la pequeña multitud en la calle; los patrulleros, los hombres de azul marino; las camionetas con los logos de los canales de televisión, los periodistas. Los cables cruzando la calle; las vecinas en chinelas, amontonadas en la vereda como si realmente necesitaran ver lo que estaba sucediendo allí.

Caminé sin apurarme. No me hizo falta llegar para corroborar que la persiana estaba baja. Si algo no se le puede criticar al Tano, es la constancia en la maldad. Aunque afuera haya un mar de gente alrededor de un cadáver, el ritual de los diez minutos de espera es sagrado. A oscuras, acosado por los ladridos de los catorce perros que han conquistado todos los espacios con ese olor insoportable que delata su presencia aunque no estén allí, el Tano espera con la paciencia de un condenado a perpetua.

Casi cruzo la calle, pero no: lo hice con la primera y el olor a carne quemada me dejó las tripas revueltas todo el día. Mejor me quedo en la vereda. No entiendo cómo los demás pueden estar ahí, tan cerca, sin descomponerse; cómo se mueven sólo a base de curiosidad. La madre de los mellizos se separa de la marea: la veo venir. “Cómo puede ser que el Tano recién haya abierto la librería”, me dice. Le digo bien claro que a él no le

importa nada de nadie. Algunos se dan vuelta: mi intervención ha sido un poco exagerada, pero no estaba dirigida a ellos, sino al Tano que seguro está espiando desde adentro. A él, ni siquiera la curiosidad lo doblega. Los que me miraron con desaprobación volvieron a sus murmullos en cuestión de segundos. Por qué cuando hay un cadáver la gente siente automáticamente la necesidad de murmurar. Como si al cadáver le importara. Como si el cuerpo fuera capaz de percibir que un montón de gente que no ha conocido lo trata con respeto.

“Otra más, otra más...”, repite la madre de los mellizos. Sospecho, entonces, que fue algún vecino el que la descubrió y ya anduvo contando detalles escabrosos. Si yo no tuviera que estar acá, estaría mirando todo por televisión. Pero no, la gente viene a poner el cuerpo en el lugar de los hechos. Qué esperan ver; de qué pretenden enterarse. Si es que se enteran. De las dos primeras, todavía no hay más información que la del primer momento: sus cuerpos calcinados fueron arrojados en el único terreno baldío que todavía queda en lo que sería el centro del barrio. Claro que no sabíamos que era el único, lo dijeron por televisión cuando ya no tenían nada más que decir.

Entro como puedo. Dejo que los perros me ladren, que me huelan como siempre. Si pudiera hacerme extirpar los órganos olfativos, lo haría con todo gusto. La gente sigue viniendo a pesar del hedor, porque saben que el Tano está loco pero les vende barato o les regala biromes viejas que todavía funcionan o papel que de tan amarillo ya no puede venderse. Mientras me libero de la mochila y me saco la campera, mi nariz no deja de percibir pero se acostumbra un poco. La madre de los mellizos tiene cara de querer entrar pero no le gustan los perros. Parecería que les tiene miedo. Los perros, además, empiezan a ladrarle a ella. El Tano silba desde el pasillo. Los llama. Llama a cada perro por su nombre. Escupe catorce nombres al aire y los perros se retiran de a uno. Cada vez que lo hace, siento que un día va a darles a todos una orden y que alguien va a encontrar mi cuerpo despedazado detrás del mostrador. Algunas noches, sueño con eso. Intento convencerme de que no puede hacerlo. Si pudiera, ya lo hubiera hecho. Estoy segura. Nos unen un mutuo odio y una necesidad recíproca.

Cuando ya no queda ni un solo perro en el local, cierro la puerta que lo conecta con el pasillo que, a su vez, lleva al sucucho en el que vive el Tano; abro la de entrada en un inútil intento de ventilar. La madre de los mellizos entra y me pide mapas del continente americano con división política, número tres. Mientras los busco, dice algo sobre la tercera. Trato de no prestarle atención. Dice más o menos lo que todos en estos

casos. Claro que es terrible, claro que es espantoso. Me paga los mapas y con el vuelto, me dice que tiene miedo.

— ¿Y vos? ¿Vos no tenés miedo?

Qué sé yo si tengo miedo. Dicen que las mujeres no son del barrio porque nadie denunció ninguna desaparición. O sea: no están quemando mujeres de este barrio en particular, sólo las depositan acá cuando todo ha terminado. No tengo por qué tener miedo. O no tengo por qué tener más miedo que antes, cuando no nos tiraban cuerpos calcinados en la cara, cuando nos pasaban más o menos las mismas cosas que a todos.

Más miedo me da lo que sucede en los intervalos: entre una aparición y otra, ciertos personajes sacan a pasear su morbo a la vereda y deambulan por la zona haciendo preguntas como si nosotros guardáramos algún secreto, algún dato capaz de esclarecer lo que ya no tiene arreglo. Más miedo me da que todo esto, a fuerza de repetirse, se prenda en nosotros como una marca de nacimiento.

La vidriera es un enorme televisor que me permite ver todos los canales a la vez. Todos en *mute*, pero no importa. No me hace falta escuchar lo que dicen, ya lo he escuchado con las otras dos: “el misterio de las mujeres quemadas en el conurbano”, “la policía está investigando”, “un barrio sumergido en el terror”, “otro descubrimiento macabro”, “los vecinos tienen miedo”. Se repiten las frases y convierten cada cuerpo nuevo en un eco de los anteriores.

Con la primera, la guardia periodística estuvo casi una semana apostada en la calle. Andaban por todos lados, incluso acá, una vez que el cansancio fue más fuerte que el asco que les causaba el olor a perro. Cuando finalmente se dieron cuenta de que era inútil permanecer en el barrio cazando testimonios que nada tenían que ver con las muertas y se fueron, apareció la segunda. Esa vez, la guardia duró tres días. Lo que interpretaron como la réplica de un hecho todavía inexplicado no ameritaba, al parecer, más tiempo de aire. A la tercera, quizás le dediquen una mañana. Quizás, ni siquiera: es posible que en un rato se lleven el cuerpo y que con él se vayan casi todas las cámaras y la mayor parte de los vecinos. Es posible que las próximas –si es que va a haberlas; a este paso, probablemente las habrá– se ganen alguna línea en el diario, una mención en alguna nota de un minuto para ir a apilarse, luego, apilarse en la carencia de novedad.

La primera vez, el Tano anduvo un rato dando vueltas por acá, porque la curiosidad pudo más que su odio a la policía. Tampoco se animó a asomarse ni a preguntar. Me mandó a mí, porque cree que me paga para que yo haga todas las boludeces que se le ocurren. Y yo fui. Cualquiera cosa era mejor que estar encerrada con él haciéndome preguntas sobre cosas que claramente yo no sabía. Volví con las novedades y dijo que se iba a verlo por televisión.

Se habló de organizar una marcha. Vino Luisa, la mujer del verdulero, a decírmelo. Él fue el que encontró a la primera una mañana en la que bajaba los cajones que traía del Mercado Central. Pero no pasó nada. Esa vez —o con la segunda, no lo recuerdo bien— antes de que los camarógrafos levantaran todo, una mujer que yo jamás había visto en el barrio vociferaba frente a un micrófono que era necesario reclamar justicia, que las cosas no podían quedar así. Ya sabemos lo que va a pasar: las tiras rojas de plástico van a terminar de desatarse y se van a perder entre los yuyos del baldío. La custodia policial va a desaparecer y de la marcha, ni noticias. Al fin y al cabo, las muertas no son del barrio. Que reclamen justicia aquellos a los que les corresponde.

Supongo que nadie pensó que las muertas iban a empezar a apilarse. Cuando apareció la primera, decían que había sido un crimen pasional, un ajuste de cuentas —lo decían así, como si fuera lo mismo. El único que la había visto de cerca fue Domingo. Olió algo, vio una ausencia rara de pastos en una zona del terreno, pasó por encima del alambrado caído y se encontró con eso. Al principio, le costó darse cuenta de que era una persona, parece que sólo veía una cosa como derretida. No entendía nada. Después —deben haber sido segundos, pero él lo cuenta como si todo el darse cuenta le hubiera llevado horas—, vio algo que parecía cabello humano, no muy largo y que tenía, además, algo pegado al cuerpo —después dijeron que había sido un vestido, que estaba descalza—. Vomitó. Dice que todavía se acuerda del olor cada vez que baja los cajones de verdura.

Lo único que supimos de la primera fue que no era del barrio. Nadie conocía a nadie que hubiera desaparecido por esos días. Y ya vamos por la tercera y todavía no se sabe nada de la primera. En algunos canales, dijeron que era una prostituta por no sé qué cosas que habían encontrado en el cuerpo.

Domingo sigue diciendo que eso no era un cuerpo humano y que de ahí no pueden haber sacado nada.

La segunda apareció dos semanas después, más o menos. También con esa me encontré esperando que el Tano maldito levantara la persiana. Nunca supe bien quién la

encontró. Domingo dice que él no fue. Primero, se dijo que habían sido unos pibes que iban a la escuela, pero después apareció un vecino a reclamar el descubrimiento. El ímpetu de las noticias les duró tres días esa vez. Seguíamos sin saber quiénes eran las víctimas, menos íbamos a saber quiénes, sus victimarios.

Mediodía. En las pantallas del bar de la estación de servicio sigo viendo el baldío pero en alta definición como si fuera otro. De la tercera no dicen que era prostituta. Parece que no estaba tan calcinada como las otras y que todavía conservaba algo de ropa. La tercera sería la primera en tener nombre. Nombre, cara, una historia. Padres. Una hija. Las frases se acumulan en condicional y empiezan a tejer una red de posibilidades.

Dicen que los padres habían denunciado su desaparición hace unos días. Ahora la madre sostiene una foto arrugada en la que una mujer joven de ojos verdes y sonríe mientras sostiene una chiquita en brazos. Tiene los mismos ojos que la mujer que aprieta la foto. Mucho más vivaces pero son los mismos: grandes, despiertos. Los ojos de Milena. El nombre no es muy común, pienso. El padre no pronuncia palabra: su cuerpo está ahí; él, quién sabe dónde. Esa foto es la prueba de que esas mujeres le faltan a alguien, aunque para nosotros no signifiquen nada más que la interrupción de la rutina de una mañana cualquiera. Algo en mí se niega a pensar que la mujer de la foto es la tercera.

Intento concentrarme en el sándwich a medio terminar, quieto sobre mi bandeja de plástico. Con los apuntes ni lo intento. Observo los autos que entran y salen de la estación de servicio: repiten una especie de coreografía regular que me distrae por unos segundos. Mis ojos, sin embargo, vuelven a las pantallas, a las imágenes que se repiten una y otra vez sobre un fondo de murmullos, de la música que siempre suena bajita acá.

A esta hora la historia de Milena inunda todo aunque no se sabe todavía si ella es la tercera. Se sospecha, nada más. En el mejor de los casos, está desaparecida así que igual es noticia. Parece que, hace unos días, salió a hacer unas compras y no ha regresado a su casa. Tampoco contesta su teléfono celular. Milena tampoco es del barrio.

Tengo que volver a la librería. No quiero, como no quiero seguir mirando la sonrisa de Milena ni las bocas de los periodistas llenando el vacío. No quiero pero es casi imposible no hacerlo. Como mirar el baldío cada mañana: durante esos diez minutos en los que el Tano me obliga a permanecer de pie en la vereda, intento mirar otros negocios, los grupitos de chicos que van a la escuela. Sin embargo, el baldío está ahí: un hueco en el espacio en el que antes ni siquiera reparábamos. No hay ni árboles, ni restos de construcciones abandonadas: sólo pasto y cielo. Su horizonte no es una línea sino los



fondos de las casas que tienen el frente en la otra calle. En una época, algunos apilaban basura allí. Luego, los de la cuadra se quejaron y la municipalidad puso un cartel que lo prohibía. Siguieron tirando basura, pero menos. Y ahora están arrojando cuerpos. Cada mañana, mientras espero el chirrido de la persiana, mis ojos se dirigen ahí a pesar de mí.

Entre aparición y aparición, la vida continúa. Las nuestras, al menos. El Tano vuelve al negocio y se sienta en un taburete detrás de la caja. Suena ridículo escucharlo decir ‘taburete’, suena a que lo han doblado en neutro para que los que estamos viéndolo podamos entender que va a sentarse en su banquito de cocoliche fingido. Porque el Tano es de acá, jamás en su vida salió de este barrio, pero le gusta enredar la lengua y que los clientes lo traten como trataban, quizás, a su padre. A la tarde, el Tano cobra y me mantiene lejos de la caja, como si pasaran por sus manos grandes sumas de dinero que deben ser custodiadas. Tan custodiadas, que todos los meses me veo obligada a reclamar mi sueldo miserable. Es nuestro rito mensual obligatorio: llega la fecha de cobro, debo pronunciar varias veces, durante dos o tres días, la palabra mágica *pagame* y cuando los astros se alinean de modo tal que el Tano siente que ya no tiene ganas de escucharme más, empieza a escarbar la caja registradora, sus bolsillos, las latas en las que guarda la plata cuando cree que no lo veo. Va, viene, busca y rebusca y finalmente, me paga con los billetes más pequeños que ha podido encontrar. A veces imagino que voy a pedir mi sueldo, el Tano va a aparecer con un bolsa llena de monedas de diez centavos y me va a decir *contalos*.

Esos días también tengo muchas ganas de matarlo. Esos días también me digo que es la última vez, que no voy a volver más; que prefiero dejar la facultad, dejar de vestirme, de comer incluso, antes que seguir pasando por eso. Después trato de convencerme de que sólo es cuestión de tiempo: voy a terminar la carrera y me voy a ir, o bien, él va a morir antes, sin que yo me vea en la cruenta posición de ensuciarme las manos. Mi novio me dice que es un trabajo, que es solamente una parte de mi vida, que no le preste tanta atención. Opina como si opinara sobre una cirugía a corazón abierto: jamás ha tenido un trabajo, porque los padres quieren que *estudie, nada más*. Yo también quisiera *estudiar nada más*, pero desde que murió papá, los tres colaboramos en casa. Las clases de pintura de mamá pagan lo básico y del resto nos encargamos nosotros. Mamá sí entiende, porque dice que antes de salir para la librería, me pongo verde, como descompuesta. Yo le digo que no y me voy, porque tampoco solucionamos nada palmeándonos la espalda ni diciéndonos *qué terrible todo*.

El movimiento está afuera. O los resabios del movimiento. En una semana, ya no quedará nada. Uno o dos policías dando vueltas en la vereda de enfrente para calmar a los vecinos que, con la tercera, ya quieren linchar al comisario, al intendente y a cualquiera que parezca funcionario público. El único recuerdo, sin embargo, estará ahí, inmóvil como ahora, y los vecinos volverán a pasar frente a él como si nada hubiera ocurrido.

Otra vez, en la facultad van a querer detalles. Maldita la hora en la que dije que trabajaba justo enfrente. Para la mayor parte de mis compañeros, ‘un terreno baldío en el conurbano bonaerense’ es lo mismo que ‘un pozo oscuro en el medio de la Puna’. Otra vez, voy a pasar horas escuchando conjeturas y teorías acerca de la violencia, del carácter simbólico del cuerpo quemado, del terreno público como fosa común, como tumba abierta, depósito de lo que algunos consideran desechos. Frases que pueden soltarse con cierta facilidad si a una no le costó días arrancarse el olor real de las fosas nasales.

Mientras acomodo unas resmas en la estantería del fondo, oigo el rechinar de la puerta y una voz que no reconozco. Están levantando apuestas. Debe ser alguno de los viejos que, cada tanto, se acercan a charlar con el Tano. Yo no los registro. “El Mingo no quiere participar”, dice. “Se ve que le da pudor”, dice y se ríe sin ganas. Pienso que puede ser ferretero de enfrente, pero no: creo que nunca lo vi en un lugar que no fuera detrás de su mostrador.

Recién se han llevado a la tercera y ya están apostando fechas tentativas de aparición de una cuarta. Me hubiera gustado sentirme sorprendida. Eso significaría que todavía creo en algo. Se me ocurre que el viejo que habla es el que levanta quiniela. El Tano no interactúa voluntariamente con personas de las que no puede obtener nada a cambio. “La simpatía también se gasta”, dice, “hay que guardarla para cuando la necesités”. Lo dice rápido, mal, fingiendo que la mitad de las palabras de la frase son italianas.

Podría matarlo, quemar su cuerpo y arrojarlo en el baldío. No voy a hacerlo porque arrojar el cuerpo calcinado del Tano allí sería como ensuciar un poco la memoria de esas mujeres que no sabemos quiénes eran, ni qué hacían, ni por qué las mataron así, como si fueran parte de un asado criminal en el que ninguno de los comensales ha querido quedarse hasta el final. Es triste y, a la vez, ajeno, aunque haya ocurrido todo ahí enfrente, entre los pastos mudos, sin dueño, de un terreno que es baldío desde que tengo uso de razón.

Vuelvo al mostrador. Por suerte, sólo alcanzo a ver la nuca del que se va. Podría ser el de la quiniela. Miro al Tano: intento descubrir algún gesto que lo delate. ¿Habrá apostado? ¿Qué fecha habrá elegido?

—¿Qué mirás?—pregunta con los ojos fijos en su libreta.

No le contesto. Necesito aire. Salgo a la vereda. A veces, es muy difícil aguantar el llanto que me anuda la garganta y no quiero que el muy perverso sienta que ahí tiene otra batalla para ganar.

No necesito darme vuelta para saber que sonrío. Prendo un pucho y trato de olvidarme por un instante de que debería dejarlo. Afuera, apenas se mueven las hojas de los árboles. Ni un alma por la calle. Cada tanto pasa algún auto. Así es la hora de la siesta. El Tano me grita desde adentro. Que cruce, que se quemó una lamparita, que le traiga otra. El ferretero sabe cuál.

Que cruce, me grita. Como si fuera tan sencillo.

Él sabe. En el fondo, sabe.

No lo dejo ganar esta batalla. Aplasto el cigarrillo contra la baldosa: froto la suela hasta que el rectángulito de papel naranja se desprende y queda ahí, en medio de la vereda que, en un rato, voy a tener que barrer. Cruzo sin mirar atrás. Ni una vez.